



CAPÍTULO 1

SUPERSOLO

Podrán pensar que en un lugar como la Escuela Glaciar Fox para Expertos en Magia (que ha enseñado magia durante décadas) deberían haber encontrado un modo de *calentar* la instalación subterránea supersecreta; o al menos la enfermería. En especial teniendo en cuenta que está debajo de un río de hielo. Los techos son bajos, los muros son gruesos, y hay un sistema de ventilación; bien podría haber sido un sistema de aire *caliente*. De no usar magia, podría hacerse con algún sistema de energía solar; el glaciar es bastante reflectante. Y frío. En la enfermería *no debería* hacer frío. Es insalubre.

Este revoltijo que me puso la enfermera en la cabeza no está ayudando, además de que huele mal. La mujer se fue a algún lugar, de seguro para anotar en su registro “¿Qué pasó esta vez, señor Te Maro?”. Apuesto a que lleva la cuenta. Para ser justos, los Defensores debemos llevar la delantera en la cantidad de heridas evitables. Pero, al menos, solemos provocárnoslas a nosotros mismos, no a los demás; a diferencia de los Mentalistas.

La suya no es una mala Especialidad (las cosas que estudian colaboran con la salud, la ley y demás), solo parece que ha atraído a muchas personas horribles en mi año. Y un grupo en particular los ha estado haciendo quedar mal a todos el último tiempo. Mi visita anterior a la enfermería fue porque uno de ellos decidió que sería hilarante hacerme alucinar que mi natilla estaba llena de arañas. Acabé con un tazón roto, un corte de cinco centímetros en el mentón y sin natilla. Si lo pienso, la vez anterior a esa también fue culpa de ellos; y también tengo una cicatriz por ello.

Mientras pienso en eso, veo entrar a su personaje icónico, Elliott Parker. Estoy seguro de que él fue quien descubrió que no me gustan las arañas. Siento cómo se me encogen los hombros: él no parece herido como para estar aquí y sigue vestido con el uniforme completo, aunque ya son más de las ocho. De seguro le gusta cómo la línea azul resalta sus ojos o algo. O tal vez sea que el contraste del gris oscuro institucional con el rubio de su cabello alborotado transmite alegría. Quién demonios puede saber con él.

Me observa un segundo mientras estoy recostado en la única cama ocupada, y me pregunto si la enfermera estará lo suficientemente cerca como para evitar que se comporte como un idiota. Aunque me *gustaría* practicar algunos de mis nuevos trucos de Defensa Avanzada con él. Destripamiento, tal vez. Quizás esa sea una técnica de magia *Ofensiva Avanzada*, técnicamente. Quizás no me importe.

—Te Maro —dice él.

—Idiota —respondo.

Me mira como si mi presencia aquí fuera sospechosa, algo ridículo, dado que es obvio que estoy herido de verdad y que él solo está deambulando como siempre lo hace. Además, al otro Tim lo expulsaron el

año pasado, así que bien podría llamarme por mi primer nombre. O tal vez todavía está molesto por eso; eran amigos o lo que sea que se le parezca cuando eres discretamente malvado.

–Veo que el que te haya hecho *eso* no logró enseñarte modales –comenta con la mirada en mi cabeza.

–¿Prefieres *señor* Idiota?

–¿Qué lo trae por aquí, señor Parker? –pregunta la enfermera, que se acercó a ver a qué se debía el ruido.

–Cosas que preferiría mantener en privado –responde él después de mirarme con recelo, sonrojado. Su piel pálida lo delata. La mía nunca lo hace. Gracias, papá, por la melanina. Lástima que te esfumaste y nos dejaste a mamá y a mí solos.

La enfermera suspira antes de hacer pasar a Elliott a su oficina. Entonces, cierro los ojos e intento un hechizo para aguzar el oído, a pesar de no tener un *mea* para concentrar mi magia. Dejo de respirar para escuchar mejor, pero no parece funcionar; son muy discretos. Apuesto a que él tiene una ITS.

Compagino una lista de las infecciones horribles que pudo haber contraído, mientras espero a que lo que sea que la enfermera me haya puesto en la cabeza haga lo suyo. Fue un corte menor, pero, al parecer, el peligro de los globos de nieve es el agua antihigiénica que contienen, por lo que le preocupaba que la herida se infectara. Nadie ve la ironía de que mi novia (ahora exnovia) tuviera un globo de nieve cuando vivimos debajo de un glaciar. O de que haya sido esa porquería en particular lo que me enviara aquí y no el río de verdadero hielo sobre nuestras cabezas. O de que sea su culpa que esté aquí; ella es una Sanadora, se supone que ellos son los buenos.

En pocos minutos, Elliott sale de la oficina con actitud sospechosa.

Tal vez tengo razón. Tal vez las “Pústulas Parker” que imaginé son reales y su entrepierna está llena de úlceras púrpuras y purulentas. La enfermera busca algo en un gabinete. Elliott se acerca a mí y, por el modo en que me mira, me pregunto si el grabado alrededor de mi cuello será suficiente para protegerme. Quizás un condón de cuerpo completo sería más efectivo teniendo en cuenta la situación en la que está.

—Así que... —comienza y se sienta en la cama junto a la mía, como si de pronto no nos despreciáramos uno al otro.

—¿Qué quieres? —respondo. Intento asegurarme de no sonar hostil para que no crea que pretendo iniciar una pelea, cuando en realidad solo quiero quedarme quieto para que la venda que tengo en la cabeza no caiga sobre mis ojos. Ya es difícil estar aquí tendido con un rodete en el cabello, la liga se me clava en la cabeza y duele.

—Quiero saber si harás algo respecto a la situación en la que estamos.

Tengo que resistir el impulso de girar la cabeza para mirarlo, aunque me duelen los ojos de mirar de costado.

—¿Qué situación?

—En la que mi examigo ha escapado con tu exnovia —dice con un suspiro.

—¿Cuándo? —Creí que se había ido sola después de que le estallara un globo de nieve sobre su tarea. Pero, qué demonios, ¿cuándo la vida ha sido simple e indolora y no un completo desastre?

—Por el aspecto de tu empaste de árbol de té, hace alrededor de media hora —afirma con certeza, lo que resulta un poco sospechoso—. Debo decir que no esperaba que te pateara.

—No lo hizo. —Quiero fruncirle en ceño, pero debo mantener el rostro quieto—. ¿Cómo sabes todo esto?

–Blake, mi compañero de cuarto, examigo, me informó amablemente que nuestro arreglo había llegado a su fin natural y que estaba viéndose con tu novia. –Vuelve a suspirar y, en la periferia de mi mirada borrosa, lo veo bajar la vista hacia sus manos, que tiene cerradas con fuerza sobre las piernas–. Al parecer están enamorados.

–¿Están *enamorados*?

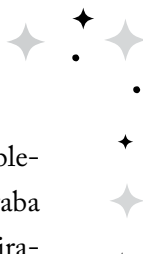
Pensándolo bien, hace una hora, Lizzie estaba intentando explicarme algo, pero yo en verdad quería que dejara de hablar por completo; todo lo que decía se sentía como otra piedra en mi corazón. Los portarretratos de las paredes se sacudían, una revista tembló y cayó de la cama. Después, un globo de nieve solitario se hizo añicos, volaron vidrios y el pequeño pingüino del interior quedó expuesto por primera vez en la vida. Hacía años que no perdía los estribos de ese modo. Era un niño, de doce años, quizás, la última vez, cuando mi magia apenas empezaba a manifestarse. Ahora, supongo que la alegría desenfrenada de que mi padre se fuera y de que mi novia me dejara fue suficiente para convertirme en una amenaza.

–Tim –había dicho Lizzie con tanta preocupación, tanta delicadeza. Percibí miles de palabras condescendientes en sus ojos–. Mírate, perdiendo el control. ¿Qué sucede contigo? Contrólate, Tim. Anímate. Córtate el pelo. –¿Y si lo que en realidad intentaba decir era, “Y, por cierto, estoy enamorada de Blake Hutton”?

–Eso parece –afirma Elliott.

En este momento, no tengo suficiente fe en ella como para no creerle a Elliott. Empiezan a arderme los ojos, así que me enfoco en él. Es mejor que llorar.

–¿Qué arreglo? –pregunto, a pesar de que creo saber lo que podía haber entre él y Blake. Tal vez maravillarme por el hecho de que



podamos tener ciertos intereses en común me distraiga de mi desgracia por un segundo. Pero, repito, tal vez esté proyectando.

–Ten un poco de imaginación, Te Maro, ¿quieres? –comenta con la cabeza de lado y una sonrisa de suficiencia que resulta interrumpida por la enfermera. De acuerdo, nada de imaginar, entonces.

–Tiene suerte de que haya encontrado esto, casi se nos agota el mes pasado después de... Bueno, ya sabe –comenta la mujer, que apareció a los pies de la cama con un pequeño recipiente de vidrio en la mano.

–Tristemente sí, lo sé –responde Elliott con una expresión de dolor, y yo tengo la leve sospecha de que mi idea respecto a su entropierna no era del todo infundada.

–¿Cómo está eso, señor Te Maro? ¿Se absorbió por completo? –pregunta ella. No sé cómo espera que lo sepa, no puedo verlo.

–Creo que necesita un minuto más, señora. Me quedaré con él –propone Elliott. Me estremezco por la necesidad de mirarlo boquiabierto. Nunca fuimos amistosos, por decirlo de forma moderada. Para ser menos moderado, lo odio y estoy cien por ciento seguro de que el sentimiento es mutuo, por lo que no entiendo por qué se ofrece a cuidarme.

–Muy bien, avíseme –dice la enfermera antes de desaparecer en la oficina otra vez. Quizás ahora esté anotando en su registro Mentalista: “otro caso de forúnculos sexuales color púrpura, ordenar más ungüento”. Estoy un tanto horrorizado de que me esté dejando solo con él.

–Entonces, Te Maro. Mi ex, tu ex, dos terribles personas. ¿Qué te parece si los jodemos un poco?

Eso es. Podría haber imaginado que sería un asunto mayormente egoísta. Idiota.

–Quizás *joder* un poco menos con ellos hubiera estado bien, ¿no crees? –comento señalando el pequeño recipiente en su mano.

–O, en tu caso, quizás un poco más. –Inclina la cabeza, y me dan ganas de golpearlo, al diablo con la condenada venda en mi cabeza. Que caiga sobre mis ojos, puedo pelear ciego.

–Te odio –digo, sin embargo, con la mirada fija en el techo de concreto y en los ductos de ventilación entrecruzados.

–Eso es irrelevante y no me sorprende en lo más mínimo –bufa él–. El asunto es, ¿soportarás que tu exnovia haya escapado con un malvado, horrible y enorme Mentalista?

–Estás estereotipando –le llamo la atención, a pesar de que suelo decirles cosas peores. En general, cuando intentan practicar en los demás sin permiso.

–El solo hecho de que sea un estereotipo no significa que no sea verdad –afirma mientras se acomoda intencionadamente el anillo de plata, que parece costoso, en el dedo medio–. Él es bastante grande.

Mi mente divaga al escuchar ese comentario y me toma un segundo percatarme de que Elliott debe ser el causante de mi confusión al intentar que mis pensamientos tiendan hacia los celos. No sé a quién se le ocurrió la genial idea de enseñar a un puñado de adolescentes a manipular mentes. Desearía que no lo hubieran hecho, aunque debo admitir que ser Mentalista era mi segunda opción. Es la Especialidad más versátil, pero preferiría dejar la escuela antes que tener que relacionarme con cualquiera de ellos a propósito. Él ni siquiera es el peor. Por suerte, ahora hay tres Mentalistas menos después del fiasco del año pasado y de la política de la directora de tolerancia cero hacia personas que incendien la escuela. Me gusta pensar que ya no le agradan tampoco.

–No me importa –respondo esforzándome por aclarar mi mente–. Dijiste que querías saber si haría algo al respecto; no lo haré. ¿Qué más quieres?

—Bueno, tú sabes. Calefacción central apropiada; no vivir bajo tierra la mayor parte del año, rodeado de un blanco insulso que me hace llorar un poco por dentro; una bandeja llena de *crumble* de manzana; tal vez que mis padres me envíen una postal de vez en cuando... —Su voz se silencia como si no hubiera querido decir eso, y me pregunto si tendrá a alguien con quien hablar. Solo quedan él y Manaia de su pequeño grupo de Auckland tras los eventos del año pasado. Y dudo que los demás Mentalistas sean confiables; yo no les contaría nada—. Como sea, me conformo con una mínima venganza.

—No saldré contigo para molestar a Blake, si es eso lo que piensas.

—Qué interesante que tu mente haya llegado a eso.

—Como si no fuera tu objetivo.

—Mi objetivo es molestarlo, no confundirlo.

—¿Y qué necesitas de mí?

—Quiero que me ayudes a pensar en algo que los haga sufrir a *ambos* —responde con un suspiro—. Si no fuera por Elizabeth, aún tendría a un *amigo* perfectamente bueno, con *beneficios* perfectos, y no tendría necesidad de hablar contigo.

—Apesta ser tú. Es triste que no me sienta para nada motivado a ayudarte, ya que no me agradas, en realidad.

—¿Qué quieres, entonces? —protesta con las manos en el aire—. ¿Quieres que te pague?

—No necesito tu dinero, Elliott.

—De acuerdo. Primero, por el estado de esa sudadera, creo que sí lo necesitas. Segundo, dado que eres tan terco, estoy seguro de que quieres vengarte de esa serpiente que te dejó por otro sin siquiera decirte que ese era el caso, al parecer. —Se pone de pie para irse—. Pensaré en algo y te lo diré.

—Espero que no.

—Pero lo haré. Pasa la noche a solas con tus pensamientos para ver cómo te sientes. —Se acerca para pararse sobre mí. Es inquietante, no confío en él—. Parece estar listo, enfermera Hiatt —anuncia—. Ta-da.

—Como sea.

Imbécil. Es un inimaginable e increíble imbécil. ¿Quién rayos dice “ta-da”? ¿Es una señora de ochenta años? ¿Por qué lo ayudaría? ¿Qué puede hacer por mí? ¿Y por qué, después de cuatro años y medio, no puede dejarme en paz?